

Fernando R. Contreras
Universidad de Sevilla

Fijaciones

García Gutiérrez, Antonio (2005). *Fijaciones. Estudios críticos sobre políticas, culturas y tecnologías de la memoria*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Reactualizando la herencia crítica de los estudios de la cultura y de la comunicación y revisitando nociones clásicas, García Gutiérrez ofrece en este libro una nueva conceptualización de la memoria, del registro y del proceso de recuperación de la información. En la misma línea coherente de su obra anterior, *La memoria subrogada*, la reflexión teórica ofrecida es innovadora, sugerente y muy arriesgada. Vilches dice en *La migración digital*, que no es hasta mitad de los años ochenta cuando la tecnología no era importante para la teoría de la comunicación, salvo los trabajos de Mattelart y de Schiller. Y a parte de Raymond Williams que no pertenecía a la tradición de los efectos, el análisis de la tecnología no estaba integrado en los estudios de la comunicación. Así podemos situar el trabajo de García Gutiérrez como pionero en el estudio crítico de la memoria digital en un campo de los estudios de la cultura como es la memoria social registrada, penetrando en las estructuras más profundas de sus efectos en la comunicación. Excepcionalmente, podemos encontrar estos mismos planteamientos (“exomemoria”) en otros ámbitos distintos del saber como es el caso de Muniz Sodré (“tecnoesfera”), Jesús Martín Barbero (“matrices”) o Jorge González (“frentes culturales”). En pocas palabras, aún alcanza a profundizar más sobre el proceso de tecnificación, de selección de información y su influencia sobre la memoria social, en un momento tan decisivo, pues la historia comienza a escribirse utilizando el recuerdo periodístico o mediático.

García Gutiérrez aborda en su trabajo crítico el dominio de las nuevas tecnologías digitales sobre la herencia cultural. Realmente, no sería discutible si

ello no ocultara los auténticos intereses propios del efecto producido por la desigualdad de poder. Ya John Atkinson Hobson publicaba, en 1902, *Imperialismo*, un estudio y más tarde, el propio Lenin escribía *El imperialismo*, fase superior del capitalismo, en 1916. Desde otra perspectiva más reciente, John Tomlinson, en *Cultural Imperialism*, define al imperialismo cultural como aquello que es propio de políticas expansionistas de carácter transnacional (el modelo de mercado actual) que nacen únicamente de sociedades capitalistas. Para García Gutiérrez, esta sociedad descentralizada empresarialmente e interconectada tecnológicamente construye una memoria colonizadora de nuevos espacios como estrategia de dominio. La memoria amplificada por la tecnificación digital posee la misión civilizatoria de los países más desarrollados a todos los niveles (social, político, económico, cultural e incluso racionalmente, científicamente).

Visto de este modo, la memoria es un instrumento erístico que cumple con la función de “demostrar” y no “dialogar” entre identidades distintas sobre el camino moral correcto hacia el progreso, dentro de la lógica jerárquica de lo que enseña una sociedad superior a una sociedad inferior, es decir, dentro de una relación de poder y de dependencia: “En un mundo erístico, dominado por el placer macabro o una lógica evolutiva de la absorción, la organización de la “denuncia cooperativa” puede ayudar a trascenderlo y mitigarlo. Una pos-epistemología de la erística de la memoria debe proponer instrumentos (meta-teóricos) desconfiados y de alerta, de verificación y supervisión de la teoría y métodos dialógicos”.

En la línea de los renovados trabajos críticos, se propone sujetar y mensurar el poder de penetración de las nuevas tecnologías y de las industrias culturales: “El problema de la “invasión digital” es que no se toma como la penetración de lo extranjero en la cultura local sino como un mecanismo neutral y familiar para la modernización de la misma. Y, en efecto, esta constatación puede ser sensata siempre que vaya acompañada de la siguiente reclamación: es posible y necesario mantener usos e interpretaciones culturales diversas a partir de la misma tecnología. Gestionar tecnologías homogéneas, para posibilitar la interacción global, no es incompatible con la elaboración de configuraciones técnicas heterogéneas a partir de las culturas que participan. Cada posición debe apropiarse de la tecnología amoldándola a sus modos, lenguajes y usos diferentes: reelaborar en suma, desde las tecnologías de la cultura, diferentes culturas de la tecnología. Abrir la brecha de la divergencia cultural en el corazón mismo de la convergencia técnica”. Para García Gutiérrez es necesario profundizar sobre la comprensión de las interacciones que unen la evolución social y la de sus representaciones. De este modo, las memorias artificiales ya

no serán interpretadas como simples objetos técnicos, si asumen funciones sociales y culturales, porque se transforman en lugares donde tienen lugar las interacciones a través de lo simbólico y lo discursivo.

Para nuestro autor, efectivamente, el cambio social no proviene del cambio tecnológico. El surgimiento de la informática es decisivo para la comprensión de nuestras experiencias transnacionales, pero también recordando a Raymond Williams, en *Television: Technology and Cultural Form*, debemos ser precavidos con sus significaciones: “El progreso es visto como la historia de esas invenciones que “crean” el mundo moderno. Los efectos de las tecnologías, sean directos o indirectos, previstos o imprevistos son considerados como parte de la historia. La máquina de vapor, el automóvil, la televisión, la bomba atómica habrían entonces creado al hombre moderno y la condición humana”.

Sobre el sentido del cambio tecnológico, pronosticaron la inminencia de una era posindustrial, telemática y civilizatoria Masuda, Escarpit o Toffler, basándose en el debilitamiento de las ideas socialistas en la década de los años ochenta. A partir de aquí surgió una colección de metáforas que pretendían explicar el proceso de digitalización que experimentaba el mundo capitalista: a) la era Acuario: las extensiones tecnológicas como medio de liberación del hombre frente a la naturaleza; b) el mundo sin fronteras: la proletarización de las comunicaciones; c) el fin de las fronteras: la desterritorialización de la cultura mediante un consumo orientado a segmentos globales; d) la crisis de los Estados-Nación: dependencia económica de las empresas transnacionales; e) el hombre nómada: experiencias individuales descontextualizadas y sacadas del ritmo de la tradición; f) la anulación del espacio: una pseudoexplicación sobre como entender que las TICs producen las mismas sensaciones en lugares dispares; g) la uniformización cultural o la centralidad política: las tecnologías se independizan de la historia para instaurar su veracidad; h) las teorías tecnome-siánicas: la creencia sobre un futuro sin demostrar (finalmente, Toffler y su mundo predecible).

García Gutiérrez irrumpe contra todas estas tecnofalacias que pretenden fundar un nuevo orden cognitivo y epistemológico mediante los nuevos servicios digitales de registro o exomemorias. A cambio, propone una nueva epistemología basada en un “pensamiento fronterizo”, en el mestizaje o bien sencillamente, en asumir la intransigencia de un conocimiento superior (la epistemología) que rellena las memorias oficiales y privadas, sin espacio para otras formas de conocimiento. La epistemología ha dado el estatuto de verdad al conocimiento, propiciando un sistema inclusivo donde lo que está definido dentro es ciencia y lo que está fuera es no científico, no válido: un sistema cerrado parcelado que filtra la representación de la realidad del hombre y expli-

ca (o razona) todo lo que sucede en su vida. Pero, también un sistema que olvida su sentido final, y que se instaura en la dimensión de la creencia como ha demostrado con su antirrepresentacionalismo Rorty, sin querer superar sus propias limitaciones: “La superación vendría de la mano de una epistemología “siguiente” y avanzada —en ese sentido, emplearíamos el prefijo “pos”- de una epistemología, no ya de oposición, sino de “reposición” y “transposición” de objetos, conceptos, visiones o categorías”.

La propuesta de García Gutiérrez está llena de rupturas, del deseo de superar los campos alambrados por la epistemología clásica que asfixia a un mundo interconectado, pero desintegrado en fragmentos culturales, dividido en parcelas, en territorios que delimitan un centro y una periferia y dibujan escenarios marginales en la construcción de una memoria de la que cada vez más es propiedad o bien cultural de una minoría dominante. “Como objeto tangible y trasladable, la memoria se presta a dos usos perversos: mercantilización y patrimonialización. Así, los registros de la memoria digital responden a la violenta lógica de ser propiedad de alguien: individuo, comunidad, museo privado o estatal, pues se identifica una gestión o usufructo, muchas veces asentados en el expolio, con la propiedad histórica “natural” del objeto”.

Josiane Jouët en «*Pratiques de communication: figures de la médiation*», afirma que la mediación del objeto técnico no es neutra y conduce a hacer técnicas las actividades ordinarias que se realizan a través de las tecnologías digitales. La racionalidad de la técnica estructura la práctica que a cambio adopta los valores de variabilidad del objeto. Esta dinámica instrumental de la tecnología surge desde los ámbitos cotidianos (microsociales) a la lógica de comprensión de conceptos macrosociales (democracia, gobierno, comunidad). Tras una gradual sacralización, la tecnología conserva la memoria personal y comunitaria, desde el poder de imponer su código de ordenación. Dice García Gutiérrez: “Junto a la ilusión narcisista, y aparentemente voluntaria, del automuseo, del acceso voyeurista a la colección ajena y de la vanagloria falaz de disponer de una “memoria total”, el ciudadano moderno se ve invitado a hacer dejación de su capacidad crítica y selectiva en favor de oscuros intermediarios y estratagemas urdidas por el *statu quo*.” Ya Horkheimer advertía del problema que significa instaurar la razón instrumental y permitir que la sociedad sea organizada bajo el modelo de la tecnocracia. La comunidad queda estratificada, de modo que los individuos de los estratos inferiores obedecen a los superiores con más poder de decisión y control, causando la cosificación de los individuos de los estratos inferiores; es decir, provoca el efecto en estos individuos de pérdida de responsabilidad social. Con ello se logra desunirlos o lo que es lo mismo, produce una sociedad con individuos dispersos, las seducciones del

individualismo lo denomina García Gutiérrez, pero también más manejables y menos peligrosos a la hora de oponerse a las decisiones del poder instaurado: “El amaestramiento digital, que minimiza el vital cuestionamiento de los poderes, contribuirá decisivamente a la obtención de una memoria tibia que asegure la continuidad”.

García Gutiérrez está muy próximo a las mismas soluciones que ofrece sobre esto Jürgen Habermas. No necesitamos de una crítica de la ciencia y de la tecnología, sino una crítica de su totalización, “de su identificación con el todo de la racionalidad”. Para ello, corresponde distinguir entre las distintas formas de razón y de racionalización. Además, conviene en rescatar la noción de racionalidad que participa en el medio de interacción social de las restricciones que el positivismo impone al discurso con sentido. Y cada vez es más necesario establecer la racionalidad dialógica que permite las decisiones bajo el consenso público.

En estos términos, va finalizando este interesante trabajo, buscando el diálogo entre las culturas o entre identidades distintas. Para ello, nos ofrece diferentes planteamientos sobre la memoria digital en la sociedad multicultural; tanto como espacio de interacción y de posibilidades, o también como interferencia neo-racista, como elemento de segregación cultural: “Si el caldo de cultivo cultural es un universo simbólico junto a los anclajes de su memoria, la apropiación reciente que lo digital ha practicado globalmente sobre lo simbólico impone nuevas reglas de juego para la diversidad cultural. Nada puede hacer la invocación milenaria o la paciencia como resistencia cultural. Para sobrevivir y poder hablar en un nuevo mundo implacable, las culturas tienen que apropiarse de lo digital como modo privilegiado de expresión. Pero las culturas menores, o los subsistemas culturales de las macroculturas, si pueden expresarlo así, solo disponen de la cooperación como herramienta para la supervivencia misma”.

Frente a ello, invita a una solución difícil, pues García Gutiérrez aboga por un diálogo transcultural. No obstante, es consciente de que en esta noción caben muchos errores. Confundimos en múltiples ocasiones, las correspondencias entre los niveles económicos, tecnológicos y culturales que permiten la formalización de los universos simbólicos dentro de los fenómenos globalizadores. Esto traduciría los fenómenos sociales en fenómenos culturales. No obstante, esta correspondencia no significa homología: un mundo interconectado no es un mundo integrado. La comunicación entre las identidades culturales no está fundada en las posibilidades técnicas de los medios de comunicación y las memorias digitales; es necesario que exista antes un complejo sistema de relaciones sociales que den lugar a la noción de integración. En palabras

Fernando R. Contreras

de García Gutiérrez: “La formación de un espíritu transcultural es una mera rehabilitación de lo que, en algún momento precivilizatorio de la vida humana, fue un intercambio abierto y natural al conocimiento y apropiación de las costumbres, cosmovisiones y tecnologías de las etnias que se cruzaban aleatoriamente”.

